

Viajeros en los Picos de Europa (I)

CONSTANCE BARNICOAT

Jesús Longo y Elisa Villa

(Artículo publicado en la *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara*, nº 527, pags. 16-20, 2009)

A partir del siglo XIX, las montañas del mundo se convirtieron en el objetivo deseado por todos aquellos que, animados por un espíritu ilustrado y romántico, deseaban descubrir lugares remotos, bellezas ocultas, culturas intactas. Los Picos de Europa, entonces un rincón escondido de la Península Ibérica, no quedaron fuera de ese afán de exploración. Sus aldeas, desfiladeros y cumbres contemplaron el paso de viajeros, científicos y alpinistas llegados desde tierras, a veces, muy lejanas. Algunas figuras, como Casiano de Prado, el conde de Saint-Saud, Pedro Pidal, o Gustavo Schulze, entraron a formar parte de la historia de los Picos de Europa, pero otros visitantes, también notables, pasaron desapercibidos y han sido olvidados. Entre éstos se encuentra la neozelandesa Constance Barnicoat, cuya presencia en estas montañas sólo se conocía por una cita que hace el conde de Saint-Saud en su libro de 1922. Su nombre despertó nuestro interés y nos movió a investigar, descubriendo entonces que había sido una alpinista pionera, dotada de un carácter extraordinario y una gran personalidad.

Una mujer singular

Constance Alice Barnicoat nació en 1872 en Richmond, Nueva Zelanda, en el seno de una familia inmigrante inglesa. Fue una estudiante excelente que destacó en lenguas clásicas y modernas, adquiriendo un profundo conocimiento del latín, inglés, francés y alemán, y llegando a manejar con soltura el italiano y español. Tras realizar estudios universitarios, trabajó algún tiempo como secretaria, aunque su inclinación hacia el periodismo ya se manifestó en aquella época en forma de varios artículos. En 1897, con el ánimo de completar su formación, tomó la determinación de trasladarse a Londres,

comenzando en Europa una nueva vida en la que llegaría a sobresalir como periodista, intérprete, corresponsal de guerra y ardiente defensora del imperio británico, además de como una apasionada alpinista.

En 1903, durante una larga visita a su tierra natal, sintió la llamada de las montañas y comenzó a practicar el alpinismo, obteniendo cierta fama por haber sido la primera mujer que cruzó el elevado Paso Copland, situado en las proximidades del Monte Cook. De vuelta a Europa, los Alpes se convirtieron en el escenario de sus actividades, conquistando cumbres tan importantes como La Meije, Ailefroide (primera escalada femenina) y Les Ecrins, en el Delfinado francés, y frecuentando el Oberland Bernés, donde, en enero de 1911, y en compañía de dos guías, llevaría a cabo su mayor hazaña alpinista: la segunda escalada invernal femenina al Gran Schreckhorn.

La atracción que Constance sintió por las montañas y los espacios naturales la llevó a visitar Laponia, Cáucaso, Andes, Pirineos (alcanzó las cumbres del Aneto, Maladeta, Vignemale y Ardiden) y Picos de Europa, unos viajes en los que siempre contó con guías locales. Esta circunstancia, la de ser una mujer que viajaba sola en compañía de guías masculinos, no dejó de causar impacto en su momento. Sin embargo, los prejuicios de la época no parecían importarle demasiado, siendo una de las primeras mujeres que se atrevió a vestir ropas enteramente masculinas para practicar el montañismo. En este sentido, fue muy consciente de estar rompiendo moldes y adoptó una actitud desafiante, llegando a escribir lo que sigue: *“Personalmente, yo no creo que una mujer pueda escalar seriamente si no es vistiendo de este modo: pantalones de chico, adecuadamente cortados (en vez de los ridículos e incómodos bombachos), y un jersey, largo y flojo, o una chaqueta. Aquellas que tras comprobar que el atuendo convencional del mundo urbano no sólo es molesto en la montaña, sino hasta peligroso, y no puedan prescindir de él, deberían considerar su primera escalada como la última. Decididamente, no están imbuidas del espíritu que anima al auténtico montañero”*.

El alpinismo fue la razón de su encuentro en Grindelwald con el también alpinista y periodista de origen rumano Julian Grande, quien la asesoraría en la organización de su escalada al Schreckhorn, y con quien contrajo matrimonio poco después, en marzo de 1911. Constance y Julian formaron una pareja

extraordinariamente compenetrada pero, desgraciadamente, su vida en común sólo duró 11 años, ya que ella falleció de cáncer poco antes de cumplir los 50. Tras su desaparición, Julian quiso conocer el país de origen de Constance, escalando en los Alpes Neozelandeses una cumbre virgen a la que, en su memoria, denominó Pico Barnicoat.

Crónicas desde los Picos de Europa

Pero volvamos al paso de Constance por los Picos de Europa, una visita de la que resultaron dos artículos de prensa en los que la periodista contaba sus impresiones.

Para organizar el viaje a los Picos, su principal apoyo fue el inglés William Mackenzie, director de las Minas de Bufarrera, quien le dio alojamiento en la casa de La Picota, edificación situada en las cercanías del Lago de La Ercina, y la ayudó a contratar un guía local. Sin embargo, según cuenta ella misma, antes del viaje ya se había asesorado manteniendo correspondencia con *“un conde francés, otro francés de Bayona, un marqués español, otro español más, y un doctor alemán”*, personajes que identificamos, respectivamente, con el conde de Saint-Saud, Paul Labrousse, Pedro Pidal, Felipe Menéndez (éste, con menos seguridad) y Gustavo Schulze.

En el primero de los artículos (*Morning Leader*, Londres, 2 de octubre de 1908), remitido desde La Picota, describe cómo son los Picos, la hermosura de su paisaje y lo atractivo que es descubrir un mundo primitivo, aún no contaminado con influencias externas. *“El pequeño Príncipe de Asturias, hijo mayor del rey de España, reina sobre un país salvaje y particularmente bello. Es una tierra de montañas, colinas y valles. Por encima de las colinas cubiertas de brezo y aulaga, se levantan desnudas torres de caliza en las que permanece algo de nieve incluso en el verano. Todas estas montañas, las altas y las bajas, están atravesadas por valles fértiles y verdes en los que crecen los castaños, avellanos, nogales y los huertos con manzanos... Todo lo que yo he visto de Asturias es hermoso y, aunque es una clase de belleza salvaje, escarpada y agreste, tiene el encanto de la frescura absoluta”*.

En compañía de José María, su guía, realizó una excursión de tres días por sendas de cabras, atravesando en la excursión las rocas más resbaladizas y

lisas por las que ella había caminado y advirtiéndolo, con sorpresa, que las alpargatas de esparto que lleva el guía logran gran adherencia en esos terrenos.

La timidez inicial del lugareño pronto es vencida por la curiosidad que siente ante la viajera y el mundo del que procede: “¿Hay en Inglaterra un agua tan buena como en Asturias?” “No, no en Londres”, responde Constance. Pero las ingenuas preguntas del hombre no acaban ahí: “¿Hay muchas cabras en Inglaterra?”, “¿No es muy buena la leche de cabra?”, “¿Por qué las inglesas parecen tan jóvenes?”, “¿Es frecuente que las inglesas viajen solas?”, “Se casan jóvenes los ingleses?”, “¿Y tienen muchos hijos?”, “¿Toda la gente cree en Dios en Inglaterra?”, “¿Y en qué creen los que no creen?”... ¡Su curiosidad era infinita!

Dos noches las pasan en un pueblo en el que viven una prima y un hermano de José María. Suponemos que el “pueblo” debía ser en realidad una majada, ya que dice que está formado por pequeñas construcciones llamadas “cabañas” (en español en el original) en las que viven gentes que se dedican a cuidar el ganado y hacer quesos. Aunque los habitantes de las cabañas son extremadamente hospitalarios, y tanto la sopa que cocina la prima de José María como el queso que le ofrecen son excelentes, Constance sufre con la suciedad, el humo y, sobre todo, la abundancia de pulgas, de modo que, en la excursión que piensa llevar a cabo en la semana siguiente, se propone pasar el menor tiempo posible en el interior de una cabaña.

El segundo artículo de Constance sobre los Picos se publicó unos meses después en un diario de Nueva Zelanda (*The Weekly Press*, Christchurch, 21 de abril 1909), aunque, aparentemente, los hechos que narra ocurrieron antes de los que se describen en el primero. El tema elegido fue completamente distinto, contando su participación (invitada “por la aristocracia española”) en una cacería de rebecos que se celebró en el macizo del Cornión.

Según relata, encontrándose al día siguiente de llegar a Covadonga en su habitación, llaman a la puerta y un camarero le anuncia la visita “del marqués de Villaviciosa de Asturias”. Efectivamente, allí está don Pedro Pidal, el vencedor del Naranjo de Bulnes, quien, advertido por William Mackenzie de la

presencia de la señorita Barnicoat, acude presto a saludarla y, de paso, a invitarla a una cacería que tendrá lugar en los días siguientes.

El grupo de cazadores lo forman el marqués, un primo suyo y dos madrileños. Constance los describe a todos con detalle, pero el retrato más completo es el que hace de Pidal, verdadero protagonista del artículo. En este texto, la periodista traza toda una pintura física y psicológica de Don Pedro que ratifica lo que ya imaginábamos, aunque nunca lo habíamos visto expresado con tanta frescura: es muy alto, apuesto, habla francés fluidamente, es nervioso, es impulsivo, es frugal y sobrio, no fuma, muy raramente toma vino (¡otro dato más en contra de la “historia” de las botellas del Naranja!), camina con gran seguridad y fortaleza, es un apasionado de la escalada y la caza, los preparativos de la cacería le excitan enormemente, su comportamiento es como el de un niño grande, pero... los guías y los pastores le adoran.

En el grupo están también tres personajes locales: Perico, un enjuto ojeador de 52 años al que es imposible seguir, ya que no camina sino que corre, y Redondo y Marceliano, dos guardas de montes. El segundo, al que identificamos como Marceliano Carrandi, guarda de Fana, acompañante habitual de Pidal y del conde de Saint-Saud, llega con los burros y una cantidad enorme de bultos. Los españoles, cuenta Constance, son unos viajeros exquisitos: ella nunca ha visto una expedición que lleve tantas cosas, de las que, al menos la mitad, se podría prescindir perfectamente (no es ése el caso de la comida, dice, ya que es muy buena y va en cantidades razonables).

La neozelandesa describe los detalles de la cacería y las dificultades del terreno, enfatizando que, dado lo resbaladizas que son las rocas, si no hubiese colocado sobre las botas de clavos unas suelas de esparto, se hubiese encontrado perdida; además, la caza exige silencio y hay que evitar el ruido que hacen los clavos. Por esta misma razón, debe renunciar a llevar su piolet.

La primera jornada culmina con éxito gracias, sobre todo, al marqués, que abate dos rebecos. Constance admira la puntería de Pidal, tanto más meritoria si se tiene cuenta que los rebecos estaban a gran distancia e iban saltando a gran velocidad. Después de limpiar las piezas, el marqués carga una de ellas sobre sus hombros, otro hombre hace lo mismo con la segunda, y todos regresan al campamento. Aquella tarde celebran una jovial y ruidosa cena cuyo

éxito Constance atribuye a Marceliano, del que dice que es el más civilizado, el más gentil y el más limpio de los hombres que les asisten. Marceliano les sirve de cocinero, ayuda de cámara, y quien sabe cuántas cosas más: en cuanto hace falta alguna cosa, o algo va mal, todo son gritos llamando a Marceliano.

La estancia en el campamento se prolonga durante varios días. En muchos de ellos cae una fina lluvia y Constance se refugia a menudo en la cabaña de Marceliano, donde el fuego siempre está encendido. Tiene entonces ocasión de charlar largamente con el guarda y hasta de aprender cómo se hacen la sopa de ajo y la de habas.

Su artículo termina diciendo que siempre estará dispuesta a repetir la experiencia de volver a las montañas asturianas para cazar rebecos en compañía de los españoles.

Los artículos de Constance Barnicoat, mucho más extensos que lo que aquí se reproduce, son textos costumbristas, en los que, curiosamente, la alpinista se olvida un tanto de las montañas para hablar de las gentes que encontró en ellas, de sus hábitos y sus comidas, de su trabajo y sus inquietudes, de su forma de entender el mundo o de contemplarla a ella. Son, por tanto, una contribución interesante para conocer cómo eran aquellos Picos de Europa de principios del siglo XX, un enclave de vida montañesa en el que el mundo exterior apenas había penetrado.

(Ver muestrario de fotos, más abajo)

Anexo fotográfico



001) Constance Barnicoat luciendo orgullosa su atuendo montañoero. El retrato es de 1903, el año en el que cruzó el Paso Copland



002) Grupo con el que Constance Barnicoat atravesó el Paso Copland. En él iban otras dos mujeres, pero Constance fue la primera en alcanzarlo.



003) Constance, junto con los dos guías que la acompañaron en la ascensión invernal al Gran Schreckhorn (1911)



004) Retrato del matrimonio formado por Constance y Julian Grande.



005) Pico Barnicoat (2.800 m), escalado por primera vez por Julian Grande en 1923 y



really talk about your poem; otherwise, you must be talking about yourself. But you could talk about a character without talking either about yourself or your poem; and talking about facts is to be encouraged, especially in a scientific age in which it is mostly forbidden. But there is another occasion upon which a poet or other writer should be criticised when he answers the critic; and that is at the opposite extreme. A poet should not defend his poem, but he should always defend his theory of poetry; or his theory of anything.

The two things that justify eulogy are a small fact and a big truth. For both are outside oneself. Milton might justly have fought about the prosecution of Tiresias or about the doctrine of Calvin; for God punished in defiance of Milton, and the dead Greeks spoke in spite of him. The little fact and the big truth were alike outside his own power; therefore, he would have argued about them. But he could not have argued about "Paradise Lost"; it was not worth it. It is not worth the slightly vulgar commendation of eulogy to criticize; nothing but eulogy is worth that. It is, when all is said, slightly undignified to answer a critic. Not a man's dignity is much more important than his poem. But his opinions (if he really has any) are much more important than his dignity.

I therefore make no excuse for commencing on a reply made to a review

organ, a large and watchful eye, the great eagle eye of Dickens, which will be the fate of Barrow's as plainly shown your stimulus effect as it now over the face of Grading's among your American newspapers.—"Daily News."

IN SPANISH MOUNTAINS.

A VISIT TO ASTURIAS.

CHAMOIS-HUNTING WITH THE SPANISH ABORIGINALS.

By **CONSTANTIN A. BARROW.**

When I went to Asturias, I had no idea of going shooting. I went simply because it is a very little known part of Spain, containing certain mountains, the famous Pico de Europa, which hardly anyone has climbed, and no one has thoroughly explored. So far as I can ascertain, no English climber has been there; certainly no English woman has been just where I went—right into the heart of the Pico—for every single one of the few climbers and travellers who have been there a lioness and surrounded quite a tremendous amount of attention wherever I went. I was in correspondence with most of those who had been there, before I went myself—a French count, who has been for years engaged upon an extensive survey map of the Pico de Europa; the Spanish marquis, with whom I went hunting another Spanish, a Frenchman from Bayona, and a German doctor went